



JEAN ECHENOZ

Un año

Traducción de Damián Tabarovsky

© 1997 Jean Echenoz
© 1997 *Un an*. Les Éditions de Minuit
© 2011 Damián Tabarovsky, traducción
© 2011 Mardulce
www.mardulceeditora.com.ar

Diseño de colección y cubierta: trineo.com.ar

ISBN: 978-84-942869-0-2
Depósito legal M-19081-2014

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin previo aviso a los titulares del copyright
Impreso en España. Printed in Spain

ficción



Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien de l'Institut Français, opérateur du Ministère Français des Affaires Etrangères, du Ministère Français de la Culture et de la Communication et du Service de Coopération et d'Action Culturelle de l'Ambassade de France en Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del Programa Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, ha recibido el apoyo del Instituto Francés, operador del Ministerio Francés de Relaciones Exteriores, del Ministerio Francés de Cultura y Comunicación y del Servicio de Cooperación y Acción Cultural de la Embajada de Francia en la Argentina.

Victoire, luego de despertar una mañana de febrero sin recordar nada de la fiesta y encontrar a Félix muerto a su lado, en la cama, hizo su maleta, no sin antes pasar por el banco, y tomó un taxi rumbo a la estación de Montparnasse.

Hacía frío, el aire era cristalino, las paredes crujían; un frío como para prolongar la disyuntiva y congelar estatuas; el taxi deja a Victoire en la rue de L'Arrivée.

La estación Montparnasse; tres gotas grises forman un termostato, dentro nieva aún más fuerte que fuera: la antracita encerada de los andenes, el hormigón espantoso del techo, y el metal perlado de los pasillos petrifican al viajante en un ambiente como de morgue. Surgidos de tumbas refrigeradas, con un nudo en el dedo gordo del pie, esas formaciones se deslizan hacia túneles que

pronto romperán los tímpanos. Victoire busca en la pantalla el primer tren capaz de llevarla lo más lejos y rápido posible: uno, que sale en ocho minutos, con destino a Bordeaux.

Cuando esta historia comienza, el último lugar en el mundo que Victoire conocía era Bordeaux, ni tampoco el sudoeste de Francia, pero conocía bien febrero que, junto con marzo, es uno de los peores meses en París. Si finalmente no estaba tan mal huir en esa época, al menos le hubiera gustado hacerlo en otras circunstancias. Ahora bien, al no tener el menor recuerdo de las horas que habían precedido a la muerte de Félix, temía que sospecharan de haberla causado. Pero ante todo, no quería tener que dar explicaciones, y además le hubiera sido imposible, al no estar segura de no haber tenido algo que ver.

Después de atravesar varios túneles, Victoire, aturdi- da, se encierra en el baño para contar el dinero que retiró del banco, donde dejó la cuenta casi en cero. La suma se eleva, en billetes grandes, a alrededor de cuarenta y cinco mil francos, lo suficiente como para tirar cierto tiempo. Después se examina en el espejo: una mujer de veintiséis años, flaca y nerviosa, de aspecto decidido, ojos verdes saltones, y cabellos negros peinados hacia atrás, como un casco en movimiento. No tiene problemas en borrar toda emoción de su rostro, evaporar todo sentimiento,

sin embargo no puede sostener esa actitud demasiado tiempo y vuelve a su asiento.

En el sentido del tren y ventanilla en zona fumadores, Victoire hace un esfuerzo por ordenar y clasificar sus recuerdos de la noche anterior, sin lograr reconstruir lo ocurrido durante la velada. Sabía que había pasado la mañana sola después de que Ferrer se fue al estudio, después almorzó con Louise, antes de encontrarse de casualidad con Louis-Philippe en el Central hacia el final de la tarde. Todo siempre es de casualidad en el Central, y frecuentemente era hacia el final de la tarde cuando Victoire se encontraba con Louis-Philippe, por lo tanto, en realidad, solían encontrarse sin planificarlo. Recordaba haber tomado un par de tragos con él, y después haber vuelto a su casa, quizás un poco más tarde que de costumbre. Luego, efectivamente, ningún recuerdo más. Otra persona, en el lugar de Victoire o en un caso similar, hubiera pedido consejo a sus conocidos, pero no ella, sin familia y sin más relaciones.

Tarde o temprano recordará los acontecimientos, no cabe duda, por lo que no vale la pena seguir insistiendo, más vale mirar por la ventanilla la zona rural vagamente industrial e igual a sí misma, sin el menor atractivo para atrapar la mirada; sin contar cuando no se ve nada, escondido todo detrás de un terraplén. Pilotes, cables de electricidad y rotondas de autopistas, pastizales, obras en

excavación. Aislados en la tierra yerma entre los animales ausentes, se divisaban algunos locales técnicos que dependían vaya uno a saber de qué, algunas fábricas vaya uno a saber de qué. Marcas, olores, los árboles eran tan parecidos entre ellos como los automóviles en la carretera nacional que por un instante corría paralela a las vías.

Nada entonces con qué entretenerse sin cansarse, pero el interior del tren, semivacío en esta temporada, apenas si aportaba algo al espectáculo. Una pareja de viejos, tres hombres solos, entre ellos un masajista dormido, dos mujeres solas, una de ellas embarazada, y después un equipo de adolescentes peinados con coletas, aparatos dentales y ropa deportiva, en camino hacia un partido idiota. Sumergido en un libro anatómico, agotado de marcar siempre la misma página, el índice del masajista temblaba intermitentemente. Victoire se levanta y después, mientras sube los respaldos de los asientos vacíos, se dirige hacia el vagón comedor.

Allí, por los vidrios esmerilados, sola con su botellita de Vittel, mira ese panorama vagabundo que sólo declamaba su identidad, más un pasaporte que un paisaje, nada, signos particulares ninguno. La vista estaba ahí a falta de otra cosa mejor, asunto de llenar el vacío a la espera de una idea. El cielo consistía en una nube uniforme en donde, como extras mal pagados, cruzan sin convicción anónimos pájaros negros. El sol concedía

una luz muda como de sala de espera, sin la sombra de una revista para hojear. De vuelta a su asiento, Victoire, como todos, se relaja hasta la estación de Bordeaux.

Pensó proceder en Bordeaux de la misma manera que en la estación de Montparnasse y subirse al primer tren que viniera, pero varios salían al mismo tiempo, uno iba a Saint-Jean-de-Luz, otro a Auch, un tercero a Bagnères-de-Bigorre. Como para borrar las pistas, sin saber bien por qué, Victoire echa tres veces a la suerte esos destinos, como siempre sale Auch, para borrar las pistas hasta de sus propios ojos, elige Saint-Jean-de-Luz.

La estación de Saint-Jean-de-Luz mira directamente hacia el centro de la ciudad, hacia el puerto. Después de dejar su maleta en consigna, Victoire compra un mapa de la ciudad en un kiosco y comienza a recorrer las calles. Era plena tarde, los negocios reabrían, entre ellos las inmobiliarias frente a las que se detuvo para estudiar los alquileres. Cada anuncio, ilustrado con una foto, proponía una escenografía casi de película, pero Victoire no quería dirigirse a una inmobiliaria –gastos exagerados, documentos de identidad, formularios a firmar, es decir, huellas escritas que desde esa mañana prefería no dejar–, tan sólo quería tener una idea de los precios. Hecho eso y habiendo tomado su equipaje, Victoire elige un hotel en una calle que no desemboca en el puerto.